

PASAS DE MÁLAGA

Autor: Luis Rodríguez Varea

Es inenarrable, o al menos muy lamentablemente, no me encuentro con la suficiente capacidad para explicarme con la exactitud que deseara, y francamente considero además que es bien difícil describir la inmensa desesperación y la tristeza del alma que experimenté cuando mi madre, “y entonces incomprensiblemente”, me dejó “encerrado” en aquel internado.

Entre los barrotes de la verja que bordeaba toda la finca de la calle López de Hoyos 317 (Madrid), veía como su silueta se iba alejando, hasta que finalmente desapareció de mi angustiada vista, confundida entre la muchedumbre y los vehículos.

Por primera vez en mi aun corta vida, me había quedado solo en un mundo extraño y totalmente nuevo y desconocido, completamente “solo” con mis doce años recién cumplidos.

¿Qué había hecho para merecer este aislamiento en un internado de una institución de huérfanos de Oficiales del Ejército?

¿Por qué la vida se portaba tan injustamente conmigo?

Si en aquellos mismos momentos me hubiese muerto, “nada me hubiese importado”.

En el gran patio corrían y jugaban aproximadamente otros cientos veinte niños de once a catorce años de edad, y aparentemente parecían totalmente felices. Todos muy bien peladitos y correctamente uniformados con un traje de pantalón y chaquetilla color gris, que más que otra cosa parecían o se me antojaban “presidarios”.

Unas incontenibles amargas y enormes lágrimas resbalaban y bañaban mis mejillas, y notaba que todo mi cuerpo temblaba de verdadero miedo. Un pánico hasta entonces totalmente desconocido recorría todo mi ser y me tenía verdaderamente aterrado.

Creo que estaba rezando o bien meditando para mis adentros sobre mi perra mala suerte, cuando un repentino inesperado y estridente silbato llamó mi atención.

Todos corrieron a formar unas largas filas; casi me empujaron y me colocaron el último de una de ellas. Al llegar a la cabeza de la columna, me dieron un trozo de pan en una mano, y en la otra un puñadito de pasas, que recogí con la mayor de las perezas.

Evidentemente se trataba de la merienda. ¿Pero quién podía tener apetito en aquellos tristísimos momentos o en aquellas precisas, nefastas y desagradables circunstancias?

Volví mecánicamente al mismo lugar, junto a la verja donde un rato antes había visto desaparecer a mi madre acompañada de mi hermana Carmen. Soñaba que quizás se arrepintieran y volviendo sobre sus pasos, “me recogieran de nuevo”.

En esos momentos se me acercó un desconocido:

-¿No quieres merendar?

No le contesté nada y apáticamente le entregué mi pan y mis pasas, mientras que quizás avergonzado, intentaba disimular mi incontenible llanto.

-¿Eres nuevo, no?, ¿De dónde vienes?

-De Marruecos. Dije forzado y sin ganas de hablar con nadie.

-¡Un moro! ¡Ha venido un moro!

Enseguida se acercaron y me rodearon ocho o diez más para observarme bien y de cerca.

Quisiera o no, lo deseara o no, me llevaron casi en volandas a jugar al fútbol. Allí en medio del patio de recreos, veintitantos jugadores contra otros tantos del equipo contrario.

El primer balón que de rebote o pura casualidad llegó a mis pies, lo golpeé con la potencia de todas mis fuerzas, con toda la rabia y mi coraje contenido, y fue a para hasta.....

Este partido de fútbol recién iniciado.... Este embarullado juego duraría hasta.... doce años después.

¡Jamás volvería a “mi casa”!

Ya nunca más tuve casa propia, pues mis numerosos hermanos/as, fueron casándose y formando nuevos hogares, y pronto mi madre al quedarse sola en aquellas tierras del Protectorado de España en Marruecos, decidió dejar su hogar y pasar temporadas con unos y otros de mis hermanos/as.

Tras pasar por sucesivos centros de estudios (Carabanchel Bajo en el Colegio Santiago tres años, y Santa Bárbara en Carabanchel Alto otros siete años) y casi agotando las prórrogas en el Servicio Militar y estando hasta la médula de internados y de estudios, por fin vi mi liberación del “presidio”, y un día decidí cambiar el trapillo por el uniforme de “recluta en el Ejército”; y emulando al famoso y universal juego de la oca y “tiro porque me toca”, de soldadito español pasé inmediatamente a la Guardia Civil; y de esta benemérita Institución (claro que unos cuantos años después), nuevamente al Ejército, a Sanidad Militar, consiguiendo por fin lo que no logré en su día durante mi estancia en Santa Bárbara en siete ocasiones o años presentándome a la Academia General Militar. (¿Quién conoce a algún pínfano, que se haya presentado tantísimas veces en Zaragoza?).

Todos estos muchos años, siempre rodeado de cientos y miles de hombres. ¡Siempre hombres! ¿Es que sólo existían varones en la vida?

Continuamente rodeado de amigos y compañeros, pero siempre “solo”. Desde mi ingreso en La Inmaculada, la soledad parecía mi inseparable compañera.

Al llegar a Sanidad Militar en este mi peregrinaje por la vida, un día en Pamplona descubrí... que aquel balón que un día golpeé con todas mis fuerzas e incontenible rabia, en el patio de mi primer internado muchísimos años antes, encontró portería y acabó en un gran gol.

Encontré esa encantadora mujer soñada y continuamente añorada, que además de mi esposa y compañera, allanaba mi eterna pena por aquella lejana pérdida de mi madre.

Tengo en mente, cualquier día de estos de cualquier año de estos, hacer una visita a la Capital de la Nación. Sí, la Madrid esa de las continuas sirenas de la Policía, de las ambulancias y los bomberos. La Madrid de nuestros Colegios de Pinfanato.

Compraré un paquetito de pasas (que sean auténticas de Málaga), y en la calle Sevilla cogeré el autobús número cinco; y me iré (¿me acompañarás?) a la calle López de Hoyos número 317, y junto a la verja del internado “La Inmaculada” (¡pero esta vez por la parte de fuera!), saborearlas una a una. Poco a poco. Lentamente... Muy despacito....

Allí, “será maravilloso”. Allí recordaré a mi madre.

Nuevamente la veré de espaldas. Alejarse, alejarse... hasta desaparecer paso a paso de mi vista, confundida entre los vehículos y la muchedumbre. Como un verdadero cuento de hadas “desaparecer de mi mundo”.

Pero no de mi recuerdo ni de mi amor....